

Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.  
La dama ha de esconder en su retrete  
A dos ó tres galanes rondadores,  
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y saltan por los corredores  
El uno de ellos al jardín vecino,  
Y encuentra allí peligros no menores,  
El padre, oyendo cuchilladas, vino;  
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,  
Traga el enredo que Chichón previno.

Pero un primo frenético y celoso  
Lo vuelve á trabucar de tal manera,  
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:  
La dama escoge el suyo, y la segunda  
Se casa de rondón con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,  
La que tales primores recopila,  
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;  
Y váyase Terencio á los orates,  
Con Baquis, Menedemo y Antifila;  
Que por él y otros pocos botarates,  
Cobra la osada juventud espanto,  
Y se malogran furibundos vates.

Tu, dichoso mortal, prepara en tanto,  
Para ser celebérrimo poeta,  
El numen y las sílabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,  
Y la cómica máscara bufona,  
Llena de variedad y chanzoneta,  
Te alzarán á la cumbre de Helicona,  
Donde cercado de las nueve hermanas,  
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas

De laurel te corone, ten sabido,  
Fabio, á quién debes el honor que ganas,  
Y agradécelo á mi, que te he instruído.

— o —  
EPÍSTOLAS

I

Á D. SIMÓN RODRIGO LASO

Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,  
Es poco breve, di, que el hombre deba  
¿Su fin apresurar? O los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles  
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?  
¿Ves afanarse en modos mil buscando  
Riquezas, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?  
Oye el lamento universal. Ninguno  
Verás que á la Deidad con atrevidos  
Votos no canse, y otra suerte envidie.  
Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troneos, al robusto alcázar  
De los tiranos, donde suena el bronce,  
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso  
Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,

Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.  
Así buscando el navegante asturo  
La playa austral que en vano solicita,  
Si ve, muriendo el sol, nube distante,  
Allá dirige las hinchadas lonas.

Su error conoce al fin; pero distingue  
Monte de hielo entre la niebla obscura,  
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;  
Hasta que horrible tempestad le cerca,  
Braman las ondas, y aquilón sañudo  
El frágil leño en remolinos hunde,  
O yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazón, única y sola  
Delicia del mortal, no la consigue,  
Sin que el furor de su ambición reprima,  
Sin que del vicio la coyunda logre  
Intrépido romper. Ni hallarle espere  
En la estrechez de sórdida pobreza,  
Que las pálidas fiebres acompañan,  
La desesperación y los delitos,  
Ni los metales que á mi rey tributa  
Lima opulenta poseyendo. El vulgo  
Vano, sin luz, de la fortuna adora  
El ídolo engañoso: la prudente  
Moderación es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en áurea medianía,  
Ambos extremos evitando, abraza  
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno  
Su paz turbó, ni de insolente orgullo  
Las iras teme, ni el favor procura:  
Suena en su labio la verdad, detesta  
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,  
Y envilecida multitud le adore.  
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,  
A nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cuál frenesi la mente ocupa  
Del hombre, y llena su existencia breve  
De angustias y dolor? Tú, si en las horas  
De largo estudio el corazón humano.  
Supiste conocer, ó en los famosos  
Palacios donde la opulencia habita,  
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno  
De los que el aura del favor sustenta,  
Y martiriza áspera sed de imperio,  
Que un placer guste, que una vez descanse?  
¿Y cómo burla su esperanza, y postra  
La suerte su ambición! Los sube en alto,  
Para que al suelo con mayor ruina  
Se precipiten. Como en noche obscura  
Centella artificial los aires rompe,  
La plebe admira el esplendor mentido  
De su rápida luz; retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,  
De vestiduras séricas cubierto,  
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,  
Al poderoso audaz? ¿La numerosa  
Turba no ves, que le saluda humilde,  
Ocupando los pórticos sonoros  
De la fábrica inmensa, que olvidado  
De morir, ya decrepito levanta?  
¡Ayl no le envidies, que en su pecho anidan  
Tristes afanes. La brillante pompa,  
Esclavitud magnífica; los humos  
De adulación servil, las militares  
Puntas que en torno á defenderle asisten,  
Ni los tesoros que avariento oculta,  
Ni cien provincias á su ley sujetas,  
Alivio le darán. Y en vano al sueño  
Invoca en pavorosa y luenga noche,  
Busca reposo en vano, y por las altas

Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde  
Orilla, rica de la mies de Ceres,  
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado  
Que pasta mudo el ganadillo errante;  
Aspero monte, opaca selva y fría!  
¿Cuándo será que habitador dichoso  
De cómodo, rural, pequeño albergue,  
Templo de la Amistad y de las Musas,  
Al cielo grato y á los hombres, vea  
En deliciosa paz los años míos  
Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
Jardín, de frutos abundantes y flores  
Que yo cultivaré, sonoras aguas  
Que de la altura al valle se deslicen,  
Y lentas formen transparente lago  
A los cisnes de Venus, escondida  
Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
Aves canoras, revolando alegres  
Y libres como yo, rumor suave  
Que en torno zumba del panal hibleo,  
Y leves auras espirando olores:  
Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
Llegue el silencio de la noche eterna,  
Descansaré, sombra feliz, si algunas  
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

II

Á D. GASPAR DE JOVELLANOS

Si la pura amistad, que en dulce nudo  
Nuestras almas unió, durable existe,  
Jovino ilustre; y ni la ausencia targa,

Ni la distancia, ni interpuestos montes  
Y proceloso mar que suena ronco,  
De mi memoria apartarán tu idea.  
Duro silencio á mi cariño impuso  
El son de Marte, que suspende ahora  
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,  
Deliciosa quietud, contento vives,  
Siempre animado de incansable celo  
Por el público bien, de las virtudes  
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,  
No castigados de tu docta lima,  
Fáciles versos, la verdad te anuncien  
De mi constante fe; y el cielo en tanto  
Vuélvame presto la ocasión de verte  
Y renovar en familiar discurso  
Cuanto á mi vista presentó del orbe  
La varia escena. De mi patria orilla  
A las que el Sena turbulento baña,  
Teñido en sangre, del audaz britano  
Dueño del mar al aterido belga,  
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres  
Del Apenino, y la que en humo ardiente  
Cubre y ceniza á Nápoles canora,  
Pueblos, naciones visité distintas;  
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña  
Docta lección en retirada estancia,  
Que allí no ves la diferencia suma  
Que el clima, el culto, la opinión, las artes  
Las leyes causan. Hallarás la sólo,  
Si al hombre estudias en el hombre mismo.  
Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
Del Tibre, en sus orillas me detiene,  
De Roma habitador. ¡Fuésemme dado  
Vagar por ella, y de su gloria antigua

Contigo examinar los admirables  
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada  
Resiste, quiso perdonar! Alumno  
Tú de las Musas y las artes bellas,  
Oráculo veraz de la alma historia,  
¡Cuánta doctrina al afluyente labio  
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,  
Imágenes sublimes hallarías  
En los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
Más belicosas dominó, y con ella  
Acabó el nombre y el valor latino;  
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
Sus águilas llevó, prole de Marte,  
Adornado de bárbaros trofeos  
El Capitolio, conduciendo atados  
Al carro de marfil reyes adustos,  
Entre el sonido de torcidas trompas  
Y el ronco aplauso de los anchos foros,  
La que dió leyes á la tierra, horrible  
Noche la cubre, pereció. Ni esperes  
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,  
Informes masas que el arado rompe,  
Circos un tiempo, alcázares, teatros,  
Termas, soberbios arcos y sepuleros,  
Donde (fama es común) tal vez se escucha  
En el silencio de la sombra triste  
Lamento funeral, la gloria acuerdan  
Del pueblo ilustre de Quirino, y sólo  
Esto conserva á las futuras gentes  
La señora del mundo, ínclita Roma.  
¿Esto, y no más, de su poder temido,  
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron  
Ni su virtud, ni su saber, ni unida

Tanta opulencia mitigar del hado  
La ley tremenda. ó dilatar el golpe?  
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden  
Como la débil flor los fuertes muros,  
Si los bronce y pórpidos quebranta,  
Y los destruye, y los sepulta en polvo,  
¿Para quién guarda su tesoro intacto  
El avaro infeliz? ¿A quién promete  
Nombre inmortal la adulación traidora,  
Que la violencia ensalza y los delitos?  
¿Por qué á la tumba presurosa corre  
La humana estirpe, vengativa, airada,  
Envidiosa?... ¿De qué, si cuanto existe  
Y cuanto el hombre ve todo es ruínas?  
Todo: que á no volver huyen las horas  
Precipitadas, y á su fin conducen  
De los altos imperios de la tierra  
El caduco esplendor. Sólo el oculto  
Numen que anima el universo, eterno  
Vive, y él solo es poderoso y grande.

III

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA

con motivo del nacimiento de su hijo primogénito  
el Conde de Niebla.

Faltó mi anuncio y generoso el cielo,  
Mas que yo pude prevenir, destina  
Felicidades á tu casa ilustre.  
Cuando de tu cariño el digno fruto,  
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras  
Tu sexo y gracias repetirse, y toda  
Tu hermosura gentil en la querida

Prenda que dulce ya te mira y ríe.  
¡Oh vana predicción! Mayor cuidado  
Merece al numen que sustenta el orbe  
De los Toledos la prosapia excelsa;  
Premios más altos la virtud merece,  
El tierno y casto amor, la no manchada  
Pureza conyugal. Mira cumplidos  
Los votos ya de tu feliz esposo,  
Y los tuyos también, y los de tantos  
Pueblos que ven en ti señora y madre.  
Ese que aduermes en ebúrnea cuna,  
Pequeño infante, es un Guzmán; de aquella  
Estirpe clara sucesor, que un día  
Fué de la patria impenetrable escudo,  
Y en su defensa derramó inflexible  
La propia sangre. De Tarifa el alto  
Muro, sitiado de agarenas huestes,  
Supo guardar su generoso abuelo.  
Vió de cadenas sin piedad ceñido  
El joven infeliz, oyó sus voces,  
Y el ruego y llanto de doliente esposa,  
Y supo ser leal. Le ofrece el moro  
Pactos indignos, y amenaza al cuello  
Del inocente, si Guzmán resiste;  
El se descíñe la temida espada,  
La tira al campo, y «Si no quieres, dijo,  
La tuya ensangrentar, esa es la mía».  
¡Oh constancia! ¡Oh valor! Vive, precioso  
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos  
Te dan, imita. Vive, si de tanta  
Ilustre acción te ha de inflamar la gloria,  
Que ya del vicio y corrupción infame  
Harto el estrago se difunde y crece.  
La disciplina militar, el celo  
Por el público bien, costumbres puras

Faltaron... Vive; que la patria nuestra  
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

IV

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

dedicándole la comedia de *La Mojigata*.

Esta que me inspiró fácil Talsa  
Moral ficción y aguarda numeroso  
Pueblo que ocupe la española escena,  
Voz adquiriendo, movimiento y formas,  
Hoy te presento con afecto puro  
De gratitud y amor; que en vano aspiro  
Por otra senda á la difícil cumbre  
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces  
Lloré burlado el atrevido intento.  
¡Cuántas, pulsando las aóñias cuerdas,  
Quise prender con números suaves  
La esquiya hermosa que en silencio adoro,  
Y la voz imitar y la armonía  
Que un tiempo el eco en la horesta verde  
Repitió del Zurguén! Quise, animado  
De más sublime ardor, sonando Clío  
La trompa que marcial ira difunde,  
De España celebrar los altos triunfos,  
Del cuello altivo sacudiendo rota  
La bárbara coyunda; en las arenas  
De Libia ardiente el vencedor vencido;  
Numancia satisfecha en el estrago  
De la soberbia Roma, abandonada  
Al espantoso militar desórden;  
Dueño Cortés del estandarte de oro  
En los valles de Otumba, y á sus plantas

94

El cetro occidental, ¿ero ofendida  
Culpó mi error la musa de Menandro,  
Y la cítara y flautas pastoriles  
Quitóme airada, y el clarín de Marte.  
Sigue, me dijo, por el rumbo solo  
Que te indica mi voz, si honor procuras  
Que á pesar del silencio de la muerte  
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa  
Una y mil veces en tu labio infante  
Dulce beso imprimí, y al repetido  
Celeste arrullo que entoné dormías.  
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,  
Y en ti los que vertió propicios dones  
Naturaleza, cultivar me plugo.  
Ya con festiva aclamación sonando  
La patria escena, en su alabanza justa  
Tu gloria afirma, sigue, y en la cumbre  
Del Sagrado Helicón, que Cintio baña  
Con su luz inmortal, las Musas bellas  
De hiedra y lauros te darán corona.  
No te ofenda, señor, si tan humilde  
Tributo te consagro: ¿y cuál sería  
De la grandeza de tu nombre digno?  
Limitado es el don, rico el deseo;  
Y no bastando á más la venta estéril,  
Cuanto puedo te doy. Así postrado  
Ante las aras que levanta rudas,  
Suele el cultor acumular los frutos  
Sencillos de su campo; y los ofrece  
Al alto numen tutelar que adora,  
Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO

Buscando alivio á mi salud endeble,  
Me vine á guarecer en la aspereza  
De estos peñascos, del ardor estivo  
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,  
Paz en el alma, soledad quería,  
Frescura y sombras. Encerré con llave  
Los doctos libros, que el talento ilustran,  
Y el vigor al estómago destruyen.  
Holgarse quisiera, y apenas llego  
A las orillas que fecunda el Arlas,  
Coronada la sien de humildes juncos,  
Inesperada pesadumbre altera  
Mis honrados propósitos. ¿Adónde  
Sabré ocultarme, si habitando ahora  
Rústico albergue, defendido en torno  
De precipicios y fragosas cumbres,  
Aquí me induce á traducir mi estrella?  
Pero en vano será. Como sucede  
Una vez y otras muchas al cuñado  
Que no tiene comercio, hacienda, casa,  
Ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive  
Tranquilo; en tanto que la numerosa  
Turba á quien debe el aire que respira  
Se afana en perseguirle. El escribano  
Le cita, el aguacil le acecha y busca,  
Manda Marquina que sus deudas pague,  
Y no las paga; al soberano acuden,  
Manda que pague, y su pobreza extrema  
Privilegio le da seguro y cierto  
De no pagar jamás. Yo así, fiado

De la ignorancia que padezco y lloro,  
Venerando el precepto que me impone  
Mi generoso protector, me eximo  
De obedecerle. Si entender pudiese  
Lengua que no aprendí, traduciría  
En culta frase de León y Herrera,  
Los garabatos que del norte frío  
Vienen al Tajo mendigando ahora  
Glosa y comentador. O si aspirase  
A conseguir, sin merecerle, el nombre  
De políglota y helenista insigne,  
Amigos tengo, y con ajenas plumas  
Me presentara intrépido y soberbio,  
Y la alquilada erudición pudiera  
Valerme aplauso entre la plebe osada  
De los pedantes, cuya ciencia es solo  
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte  
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,  
Mucha constancia y dirección prudente,  
El acercarse de Minerva al templo.  
La vida es breve: el límite se ignora  
Que debió á su Hacedor la siempre varia  
Robusta en producir naturaleza.  
Las artes que la imitan, aspirando  
A conseguir la perfección, desisten  
A su vista confusas y cobardes  
Del atrevido intento. Un primor solo,  
Una sola verdad á sus alumnos  
Cuesta prolijo afán, y aquel que logra  
Adelantarse en la difícil vía  
A los que siguen con incierta planta  
El mismo generoso intento, adquiere  
Ilustre honor que en las edades vive.  
Sabio le llama el mundo, porque en una

Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos,  
No porque en ella al término llegase,  
Que inaccesible de los hombres huye.  
Sólo el pedante vocinglero hinchado  
De vanidad y ponzoñosa envidia,  
Todo lo sabe. En el café gobierna  
Los imperios del orbe, y mientras bebe  
Diez copas de licor, sorprende, asalta,  
Gana de Gibraltar el puerto y muro.  
Consultadle, señor, veréis que pronto  
Cubriendo el mar de naves españolas,  
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,  
Y los tesoros de Jamaica os pone  
En la calle Mayor. ¿Queréis oírle  
Por tres horas no más? Latín, tudesco,  
Árabe, griego, mejicano y chino,  
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
Haber, los sabe. Erudición, historia,  
Náutica, esgrima, metalurgia y leyes:  
En todo es superior, único y solo.  
Poco estima á Mozart; nota con ceño  
Que Cimarosa en tal ó tal motivo  
No estuvo muy feliz. Habla y decide  
En materia de escorzos y contrastes,  
Tonos de luz, degradación de tintas,  
Pliegues y grupos. Convulsión padece  
Con el silabizar de Garcilaso,  
¡Tan delicado tímpano es el suyo!  
Las faltas ve de propiedad y estilo  
En que se deslizó la mal tajada  
Péñola de Cervantes... Vive, insigne  
Honor, y gloria de la edad presente,  
Para instrucción común; esplendorosa  
Lampara, no te apagues. Yo que admiro  
La vasta enciclopédica doctrina

Que ostentas en banquetes clamorosos,  
No te la sé envidiar, y si consigo  
Que alguna vez mi rudo verso escuche  
Aquel que alivia el grave peso á Carlos  
En la dominación de tanto imperio,  
A más no aspira mi talento humilde.

VI

AL MISMO

en lenguaje y verso antiguo.

A vos, el apuesto complido garzón,  
Asmándovos grato la péñola mía,  
Vos faz omildosa la su cortesía  
Con metros polidos vulgares en son;  
Ca non era suyo latino sermón  
Trovar, é con ese decírvos loores:  
Calonges é prestes, que son sabidores,  
La parla vos fablen de Tulio y Marón.

Por ende, si tanto la suerte me da,  
Magüer que vos diga román paladino,  
Fiducia me viene que lueñe é vecino  
La gen acuciosa mi carta verá:  
E vuestas haciendas que luego dirá  
Gravedosa estoria por modo sotil,  
Serán de Castilla mil eras é mil  
Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor  
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,  
E al común conorte la mucha amistanza,  
Ovo de D. Carlos, el nueso señor.  
«Sepades, le dijo, buen alcanzador,

Que en todo el mi regno vos fago imperante;  
A tal que del sceptro dorado, pesante  
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí  
De ser aducidos en sancta equidad;  
A non acuitallos las mientes parád;  
En algos abonden é pan otrosí;  
E cuando mis tierras (que tal non creí)  
Mesnadas de allende osaren correr,  
Faced á los míos punar é vencer,  
Ca siempre ganosos de liza los ví.

E ved non fallezcan á tal ocasión  
Lorigas, paveses é todo lo al,  
E mucho trotero ardido é leal  
De los más preciados que en Córdoba son,  
E fustas con luengo ferrado espolón,  
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;  
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas  
Al nueso lindero la escura Albión.

E guay, non aduzga mintrosa la paz  
Al valor nativo dañinos placeres,  
Nin seyan sofridos los vanos saberes  
Que al mundo mancillas le dieron asaz.  
Allí do pregonan olganza é solaz,  
Allí rudo vulgo é sandio declina,  
Divaga sañoso, virtud abomina;  
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuído;  
La sciencia le amuestre su puro claror,  
Non cure atristado ventura mayor,  
En buen regimiento guardado é punido:  
Ansí el caballero ruando lucido,  
Acucia ó detiene la alfana que monta,  
E parte, al agudo estímulo pronta,  
O párase dócil el freno sentido».



A tal platicaba la su señoría,  
E cedo el magnate repuso á don Rey:  
«Non fuera nascido de alcuña de ley  
Si al vueso talante non obedescía.  
Solene homenaje fago é pleitesía  
(E dijol tomando la cruz del espada),  
Que finque la vuesa merced acatada,  
E España recabde su prez é valía».

De entonce colmalla de bienes cuidó:  
La paz se posara á su lado yocunda,  
La cuita fenescce, de frutos abunda  
El suelo que en sangre la guerra alagó,  
La su dulcedumbre temores quitó  
Del home entorpidó que yaz en tristura,  
E quisto de buenos la su derecho  
Lo fiz, é al inico sañoso aterró.

E vímosle á guisa de diestro adalid,  
Faciendo reseña la hueste real,  
Mandar sus hileras, é á son de atabal  
Poner á los ojos la marcha é la lid:  
Ansí de los muros miró de Madrid  
La plebe agarena venir á cercalla,  
Desnuda tizona, en tren de batalla,  
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

¡Oh fuérale dado seguir el pendón  
Que bordan castillos, cruces é leones,  
Romper azañoso por los escuadrones  
Bárbaros, de sangre teñido el trotón!  
Tímidos fuyeran jinete é peón,  
En llama aburando sus tiendas caídas,  
E á la funerea matanza é feridas,  
Cuidaran que fuese Jacobo el patrón.

Devédalo empero la pro comunal,  
E del alto alcázar do tiene su silla,  
Segundo en potencia le acata Castilla;

Sotil palaciano, sirviente leal:  
Largosa, por ende, la mano real  
Quisiera abastalle de dones subidos,  
Cual nunca de alguno non fueron habidos,  
Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cuál arte ser quito pensó  
El rey, que sesudo catará sus fechos:  
Ayúntale dende con nudos estrechos  
Al mesmo avolorio de donde nasció;  
E luego é de sí voceros mandó  
Que cedo á la rica Toledo se vayan,  
E aquesa manceba garrida le trayan,  
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura  
En ella se adunan, la bien paresciente:  
De rojos corales su boca riente,  
Sobrando á la nieve su tez en albura,  
La luz de sus ojos espléndida é pura,  
La voz falagosa, gentil su ademán:  
Florinda, la causa del nueso desmán,  
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en placida unión,  
No nunca empescida de fado siniestro,  
Seyendo en el siglo eriminoso nuestro  
De virtud ecelsa dechado y blasón:  
La fama, doquiera, con alto pregón,  
Su prole ventura perfuclita cante,  
E aquisten ilustre memoria durante  
Su nome, sus fechos, su clara nación.

VII

Á UN MINISTRO

sobre la utilidad de la Historia.

Ya el invierno, de nubes coronado,  
Detuvo en hielos su corriente al río:  
Brama el Bóreas. Felices  
Campos, adiós; y tú, valle sombrío,  
A los placeres del amor sagrado  
Venus hoy te abandona y los amores,  
Y el sol, cercano al capricornio frío,  
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora  
Así pase la edad, si los mejores  
Instantes que arrebató  
Negamos del estudio á las tareas.  
Por él, mi dulce amigo,  
La razón conducida  
Recibe del saber altas ideas.  
En la carrera incierta de la vida  
Dirigir puede al hombre, y enemigo  
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,  
O le presta consuelo  
En la adversa ocasión, ó le asegura  
El favor de la suerte:

Justa obediencia, y justo imperio enseña.

Si á ti benigno el cielo  
Miró al nacer y hoy colma de favores,  
Pues no á las letras proteger desdeña  
Tu mano generosa,  
Ellas su auxilio deben ofrecerte.  
Que no siempre de flores

La senda peligrosa  
De la fortuna encontrarás cubierta;  
Ni el timón abandona el marinero,  
Por mas que el viento igual propicio espire.  
Docta la historia ejemplo verdadero  
A tu razón presente,  
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.  
Mira en ella los pueblos mas famosos  
Que redimen sus fastos del olvido,  
Si políticos ya, si belicosos  
A tanta gloria, á tal poder llegaron;  
Si en ellos se admiraron  
Justicia, humanidad, costumbres puras;  
Si fué de la virtud asilo el trono;  
Si la ignorancia, las venganzas duras,  
El ocio corruptor, el abandono,  
Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas;  
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,  
Persépolis, y tú, fiera Cartago,  
Enemiga del pueblo de Quirino,  
Ya no existís. Dudoso el caminante  
En hórrido desierto  
Os busca, y el bramido  
De las fieras le aparta. La corriente  
Sigue al Eufrates que tronando suena,  
Y el lugar desconoce  
Donde la asiria Babilonia estuvo,  
Que al héroe macedón miró triunfante,  
Hoy cenagosos lagos, corrompido  
Vapor, caliente arena,  
Áspera selva, inculta, engendradora  
De monstruos ponzoñosos,  
Encuentra sólo; y la ciudad que pudo  
Del vencedor romano

El yugo sacudir, Palmira ilustre,  
Yace desierta ahora;  
Sus arcos y obeliscos suntuosos  
Montes son ya de trastornadas piedras,  
Sus muros son ruinas.  
Hundió del tiempo la invisible mano  
Entre arbustos estériles y hiedras  
Los pórticos del foro  
En columnas de Paro sostenidos,  
Basas robustas y techumbres de oro,  
Donde el arte expresó formas divinas..  
¡Memorias de dolor! Allí apacienta  
Su ganado el zagal, y absorto admira  
Cómo repite el eco sus acentos,  
Por las concavidades retumbando.

De tal desolación la causa mira,  
No tanto en los opuestos elementos  
Embravecidos, cuando  
Al austro obscuro el aquilón compite,  
Y Jove en alto carro conducido  
Fulmina á los alcázares centellas;  
O cuando en las cavernas oprimido  
Del centro de la tierra el fuego brama  
Como rumor espantoso,  
Y en su reventazón muda los montes,  
Ciudades arruina;  
Hierva el mar proceloso,  
Y arde en sus ondas la violenta llama.  
Que el hombre, el hombre mismo,  
Si á la maldad declina,  
Deseñociendo términos, excede  
A las iras del cielo y del abismo.  
Triunfó insolente la impiedad, faltaron  
Las leyes, el pudor, y los robustos  
Imperios de la tierra

Debilitó cobarde tiranía.  
Las delicias funestas enervaron  
El amor de la patria, el ardimiento,  
La disciplina militar, y el día  
Llegó terrible de discordia y guerra,  
Que al orgullo mortal previno el hado  
Para ejemplo á los siglos espantoso.  
Y como desatado  
Suele el torrente de la yerta cumbre  
Bajar al valle, y resonando lleva,  
Roto el margen con impetu violento,  
Árboles, chozas y peñascos duros,  
Rápido quebrantando y espumoso  
De los puentes la grave pesadumbre,  
Y la riqueza de los campos quita,  
Y soberbio en el mar se precipita;  
Así bárbaras gentes, descendiendo  
Del norte helado en multitud inmensa  
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,  
Muerte y esclavitud la destinaron,  
Y al orbe que oprimió dieron venganza.  
Así en edad distinta,  
Osado el trace, sin hallar defensa,  
Excediendo el suceso á la esperanza,  
Trastornó los imperios del Oriente,  
El trono de los Césares, la augusta  
Ciudad de Constantino.  
Grecia humilló su frente;  
El Araxes y el Tigris proceloso,  
Con el Jordán divino  
Que al mar niega el tributo,  
Las Arabias y Egipto fabuloso,  
En servidumbre dura  
Cayeron y opresión. Gimió vencida  
La tierra que llenó de espanto y luto

De sus vagos ejércitos impíos  
La furia poderosa.

Mas, como suele en los despojos fríos  
Que al sepulero voraz lleva la muerte,  
Buscar ahivios á la fragil vida  
La física estudiosa,  
Tú así, en la edad pasada examinando  
De tantos pueblos la voluble suerte,  
Las causas de su gloria y su ruina,  
Propio escarmiento harás la culpa ajena,  
Experiencia el aviso,  
Y natural talento la doctrina.  
Verás entonces que el que sabe impera,  
Y en medio de las dichas preparando  
El ánimo robusto  
Contra la adversidad, ó la modera  
O la resiste intrépido. Que el mando  
Es delicioso, si templado y justo  
La unión social mantiene,  
Los intereses públicos procura,  
La ley se cumple, y ceden las pasiones.  
Que el poder, no en violencia se asegura,  
Ni el horror del suplicio le sostiene,  
Ni armados escuadrones;  
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones  
Ejemplo das. Tú la virtud obscura,  
Tú la inocencia amparas. Si olvidado  
El mérito se vió, tú le coronas;  
Las letras á tu sombra florecieron,  
El celo aplaudes, el error perdonas,  
Y el premio á tus aciertos recibiste  
En placer interior que el alma siente.  
¡Oh! pues tan altos dones mereciste  
Al numen bienhechor, que generoso

Iguoló con tus prendas tu fortuna,  
Roba instantes al tiempo presuroso,  
Ilustrando la mente  
Con nuevas luces, si te falta alguna.

VIII

Á ANDRÉS

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones  
A mi dictamen acceder sumiso?  
¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso  
El mérito será de tu futura  
Doña Gregoria, que el quererla mucho  
O no quererla, de mi voz depende?  
En fin, si mi opinión saber deseas,  
Te la diré; pero el asunto es grave  
Y toca en la moral filosofía:  
No se diga de mí que en delicadas  
Materias uso de pedestre estilo  
Y frase popular. Tú, que las noches  
Pasas leyendo la moderna solfa  
De nuestros cisnes, y por ella olvidas  
De Lope y Laso la dición, escucha,  
Que en la misiva que á copiarle empiezo,  
Mi dictamen te doy, no te conjuro.

«Si tus abriles, bonancibles años,  
Que meció cuna en menear dormido,  
Del bostezante sueñecito umbrátil  
Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan,  
¿Qué nube de esperanzas y deseos  
Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme  
Letargoso placer, velar cargoso  
Y rugoso inquietud que á par te cercan.

Entra, amigo, en ti mismo, ó si te place  
Huye dentro de ti: consulta un rato  
La sensatez en lóbrego silencio,  
Y hondamente exclamante ella te aleja  
De la deshermandad desamistada,  
Que los cuidados cárdenos profusa.  
Presto será que el pestilente soplo  
Del ejemplo mortal de un mundo infecto  
Arideciendo el alma infructuosa,  
Sin esperanza la semilla ahogue  
Que natura plantó; ni el freno triste,  
Ni el helado compás de la prudencia,  
Su vividor hervir harán que cese.

»Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,  
La dócil caña en gratitud riendo  
Dulce, como de leve niebla umbría  
El insensato orgullo. Infortunado  
Clima aridece ya con sus heladas,  
Crujientes pesadumbres y fraguras  
El numen invernal; llegan las horas  
De hielo y luto, y se empavesa el cielo.  
Salud, lúgubres días, horrosos  
Aquilones, salud; que ya se cubre  
Selvosa soledad de nieve fría,  
Y el alto sol mirándola se embebe.  
Ábrego silbador, cierzo bramante,  
Ya la tormenta excitan borrascosa;  
Soplan el soplo de venganza, y nubes  
Obscuras en los vientos cabalgando  
Bañan y abisman los tranquilos surcos.

»Empero ley primaveral que vuelve  
Dócil se presta al oréante soplo  
Del aura matinal: cuanto es so el cielo  
Todo anuncia placer; la etérea playa,  
Velada en esplendor, colma la selva

De profusión fragante, los soplillos  
Del favonio y el *bee* de las simplillas  
Corderas, que yerbilla pastan verde.  
¡Oh coronilla! á ti también te veo  
Y la sien de la espiga, aunque levante  
El abrojo su frente ignominiosa.  
Las fuentes, los arroyos saltadores,  
Sierpes de nácar, con albores giran;  
Forman torcidas calles, y jugando  
Con las flores se van. Canta el pardillo  
Y ledo mira al sol, vuela y se posa,  
O al vislumbrar de la modesta luna,  
Le responde la Eco solitaria.

»La estación estival en pos se sigue,  
Y el Agosto abrasado ahoga las flores  
Con ardor descollante. Palidece  
El musgoso verdor, oigo quejarse  
En seco son el vértigo del polvo,  
Y lo que por doquier bañado en vida  
El céfiro halagaba, extinto yace.  
El sol en su hosquedad desjuga el suelo,  
Y mientras amiga la espigosa Ceres  
Con la pecha del trigo desuraña  
Al cultor fatigado, los umbrosos  
Frescores el postrer aliento rien.  
Luego con su guirnalda pampanosas  
Octubre empampanado, en calma frente,  
La alegría otoñal nos da que vuelva;  
A la esperanza la corona el goce,  
Y la balanza justa al sol voluble  
Ya le aprisiona en sus palacios frescos.  
Celirillo, tal vez enamorado  
De alguna poma, bate el ala, y llega,  
Y la besa, y la deja, y torna, y mece  
Las hojitas, y bulle, y gira, y para,

Y huye, y torna á mecer... Dejad que ciña  
La temulenta sien; ¡oh ninfas blondas!  
Mil veces Eyché... Cien copas pido,  
Y en pos, y á par, y cabe mí colmadras,  
Y otras ciento me dad... Así natura,  
Las leyes no exorables acatando,  
Próvida el perenal destino sigue,  
Engranando los seres con los seres;  
Que unos de otros en pos, en rauda marcha,  
Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.

»¡Ay, amigo hermanall! Cauto desoye  
Luengos transportes y cobarde miedo,  
Que á la infantina juventud apena.  
Se alejan ya los intornables días,  
Tremolando el terror. Oeía, si es dado;  
No quieras zozobrar en el arroyo,  
Con los reveses reluchando indócil.  
¿Ves la rueda insociable de fortuna  
Resaltar vacilante en rechinido  
Y agudo retüñir? ¿y cómo torva  
La insaciabilidad del oro insomne  
La avaricia clavó dentro del pecho?  
¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,  
Riendo muertes, profusar protervias,  
Y el puñal del desprecio, la ponzoña  
De la doblez, los hielos del olvido,  
Que la alma fuente del sentir cegaron?  
Heme en fin junto á ti, que ya te tiendo  
Un brazo de salud. ¡Ay! no disociés  
A la fiel confianza de tu frente.  
Con el destino escuda la dureza,  
Y flecha tu interior con las memorias.  
No el discolo interés, soplando estéril,  
Impida de tu pecho al golfo umbrío  
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

»El hombre es sólo quien guarnece al  
[hombre,  
Mi buen Andrés. No marques en oprobio  
Tu vivir breve; al sexual cariño  
El brutal apetito rinda el cetro,  
Y cubre con tu mano tu deshonra,  
Que en cuanto vieres navegar los astros,  
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo  
Que las pasiones para siempre yacen,  
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva  
El frío del no ser; entre orfandades  
Pasea en espectáculo profundo  
La muerte el carro, y propiciar no puede  
Más al mortal que suspirar deseos».

¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces;  
Que de tan inhumana jerigonza  
Nada se entiende, y te quedaste á obscuras,  
Quema tus libros y renuncia al pacto,  
Y hasta que aprecies el hablar castizo  
De tus abuelos, solterón te queda;  
Y que doña Gregoria determine  
Lo que la esté mejor. Si mi discurso  
Enfático-dogmático-trifauce  
Te ha parecido bien, y en él admiras  
Repetido el primor de tus modelos,  
No te detengas: cástate esta noche,  
Y larga sucesión te den las Furias.

IX

Á CLAUDIO

el filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
Locuaz declamador, á verme vino

En punto de las diez. Si de él te acuerdas,  
Sabrás que no tan sólo es importuno,  
Presumido, embrollón, sino que á tantas  
Gracias añade la de ser goloso  
Más que el perro de Filis. No te puedo  
Decir con cuántas indirectas frases,  
Y tropos elegantes y floridos,  
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto  
De su elocuencia, y vieras conducida,  
Del rústico gallego que me sirve,  
Ancha bandeja con tazón chinésco  
Rebosando de hirviente chocolate  
(A tres pajes hambrientos y golosos  
Ración cumplida), y en cristal luciente  
Agua que serenó barro de Andújar;  
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
De leves tortas y bizcochos duros,  
Que toda absorben la poción suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.  
No con tanto placer el lobo hambriento  
Mira la enferma res que en solitario  
Bosque perdió el pastor, como el ayuno  
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!  
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!  
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!

¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
¡Oh corrupción!» exclama; y de camino  
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue  
Nuestra depravación, y un placer solo  
Tantos afanes y dolor produzca  
A la oprimida humanidad! Por este  
Serbo llenamos de miseria y luto  
La América infeliz; por él Europa,  
La vulta Europa en el Oriente usurpa  
Vastas regiones, porque puso en ellas  
Naturaleza el cinamomo ardiente;  
Y para que más grato el gusto adule  
Este litor, en duros eslabones  
Hace gemir al atezado pueblo,  
Que en África compró, simple y desnudo.  
¡Oh, qué abominación!» dijo; y llorando  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
Llanto causa también, de mármol eres;  
Que es mucha erudición, celo muy puro,  
Mucho prurito de censura estoica  
El de mi huésped; y este celo, y esta  
Comezón docta, es general locura  
Del filosofador siglo presente.  
Más difíciles somos y atrevidos  
Que nuestros padres, más innovadores,  
Pero mejores no. Mucha doctrina,  
Poca virtud. No hay picarón tramposo,  
Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria  
En la Puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo, las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste y calza y come  
 De calumniar y de mentir, publica  
 Centones de moral. Nevio, que puso  
 Pleito á su madre y la encerró por loca,  
 Dice que ya la autoridad paterna  
 Ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
 La corrupción de aquí. Zenón, que trata  
 De no pagar á su pupila el dote,  
 Habiéndola comido el patrimonio  
 Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
 Dice que no hay justicia, y se condeñe  
 De que la probidad es nombre vano.  
 Rufino, que vendió por precio infame  
 Las gracias de su esposa, solicita  
 Una insignia de honor. Camilo apurta  
 Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
 En ilustres garitos disipando  
 La sangre de sus pueblos infelices;  
 Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
 Predican ya virtud como el hambriento  
 Don Ermegunonio cuando sorbe y llora...  
 Dichoso aquel que la practica y calla.

— ♦ —  
 TRADUCCIONES DE HORACIO

I

Á VENUS (1)

Deja tu Chipre amada,  
 Venus, reina de Pafos y de Gnido,

(1) HORAT., lib. 1 ode xxx.  
 O Venus, regina Gaidi Paphique

Que Glicera adornada  
 Estancia ha prevenido,  
 Y te invoca con humos que ha esparcido.  
 Trae al muchacho ardiente  
 Y las gracias, la ropa desceñida,  
 Y á Mercurio elocuente,  
 Y de ninfas seguida  
 La juventud, sin ti no apetecida.

II

Á LEUCÓNOE (1)

No pretendas saber (que es imposible)  
 Cuál fin el cielo á ti y á mi destina,  
 Leucónoe, ni los números caldeos  
 Consultes, no; que en dulce paz cualquiera

*Sperne dilectam Cypron, et vocantis  
 Ture te multo Glyceræ decoram  
 Transfer in ædem.  
 Fervidus tecum Puer, et solutis  
 Gratia zonis, properentque Nymphæ  
 Et parum comis sine te Jventas  
 Mercuriusque.*

(1) HORAT., lib. 1, ode XI.

*Tu ne quæsieris (scire nefas quem mihi, quem tibi  
 Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios  
 Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!  
 Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam  
 Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare  
 Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi  
 Spem longan recesses. Dum loquimur, fugerit invida  
 Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.*